

los malvados hubieran querido arrebatarnos, y que estaba de tal modo incorporada á nuestra monarquía, que la destruccion de la una no podia ménos de producir la ruina de la otra. Ha llegado el tiempo de renovar, en fin, para siempre la antigua alianza del altar con el trono, Volvamos, señores, volvamos por nuestro interes y nuestra propia felicidad, á esta religion por demasiado tiempo desconocida, y por demasiado tiempo ultrajada; única que puede cicatrizar nuestras llagas, poner término á nuestras calamidades, afianzar la paz pública, y la única en una palabra, que puede régenerar la monarquía en su vejez, como la formó en su infancia, y que aun puede hacerla crecer con nuevo brillo de gloria y de prosperidad.

---

## EXCELENCIA

DEL

### MISTERIO DE LA ENCARNACION.

**D**ESPUES de haber llevado el apóstol S. Pablo el Evangelio á Corinto, una de las ciudades mas florecientes y mas voluptosas de la Grecia; y despues de haber formado en ella una Iglesia cristiana, dirigió á aquellos nuevos fieles dos cartas, que conservamos aun, en las que procura confirmarlos en la fe que habian recibido. En la primera se dedica principalmente á explicarles los misterios de Jesucristo, de un Dios hecho hombre que en su humanidad vivió, padeció y murió como nosotros y por nosotros; diciéndoles tales cosas sobre esta materia, que al pronto fueron escándalo para el judío, y locura para el gentil; que aun hoy son tan irritantes para el incrédulo, tan duras para la mu-

chedumbre de cristianos tibios de nuestros días; y de las que tal vez se resentirá la altiva delicadeza de alguno de mis oyentes. S. Pablo no temia decir que la sabiduría de los filósofos de su tiempo no era mas que ignorancia, y su ciencia vanidad; que en nada tenia los discursos estudiados de la elocuencia humana; que toda su sabiduría era Jesucristo, y que se gloriaba de no conocer mas que á Jesus, y este crucificado. *Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (1). ¡Qué language, señores! Que extraño debia parecer sobre todo en el siglo en que vivia el Apóstol, siglo del ingenio, de las ciencias y de los deleites. En aquel tiempo tenia cada pueblo sus héroes cuyas hazañas celebraba en sus cánticos, sus oradores cuya elocuencia ensalzaba, sus sabios á cuyas máximas profesaba la mayor admiracion y sus dioses cuyos altares incensaba; y he aquí que un hombre desconocido, sin crédito, sin poder, oriundo de una nacion despreciada, un judío, un bárbaro, viene á anunciar á la tierra, á la misma Grecia tan sabia y tan civilizada, que todos los objetos de su admiracion ó de su culto son un cúmulo de er-

(1) I Cor. II, 2.

rosos y de locuras; que la sólida gloria y la primera de todas las ciencias es la de conocer á un nuevo personage muerto en una cruz, á Jesus crucificado: *Jesum Christum, et hunc crucifixum*. De este modo olvida el Apóstol la prevision de los políticos, la sabiduria de los sabios. las escuelas famosas de Roma y de Aténas, los célebres juegos de la Grecia, las fiestas de Corinto, la hermosura de sus edificios, su comercio floreciente y las ventajas de su posicion; y lleno su corazon de solo aquello que ama y adora, á solo Jesucristo predica en todas las naciones, y este es el único objeto de sus pensamientos y de su amor. Si al fin el Apóstol se hubiera contentado con llamar á los pueblos á contemplar en Jesus la santidad de su vida, la pureza de sus virtudes, la hermosura de su doctrina, su amor hácia los desgraciados, el brillo de las maravillas que se multiplicaban por donde iba, y el triunfo de sus discursos sobre los corazones mas rebeldes.... pero no, el Apóstol no teme llamar la atencion del universo sobre los padecimientos y la muerte de su divino Maestro. Instrumentos de dolor, un aparato sangriento, un cuerpo cubierto de llagas, y en fin una cruz, esto es lo que Pablo ostenta con complacencia á los ojos de la naciones; y

Jesucristo crucificado es toda la ciencia que quiere enseñar á los hombres soberbios y sensuales. *Jesum, et hunc crucifixum.* ¡Qué pensamiento el de hacer adorar por toda la tierra como Dios á un personaje muerto en una cruz como malhechor, y qué triunfo conseguir tan admirable proyecto, hasta conquistar á favor del Crucificado todo el mundo! ¡Cuánto se confunden aquí todas las ideas de los hombres! Y como, bien profundizado todo esto, hace por sí solo resaltar en el cristianismo cierta cosa que no ha inventado el hombre, y no sé que fuerza enteramente divina: prueba luminosa de su verdad.

Ya hemos expuesto, señores, algunas de las pruebas de la divinidad de la religion de Jesucristo, su autor; y ya hemos sentido que era preciso reverenciar en él, no solamente á un hombre querido de Dios, sino tambien á un hombre Dios. Este es el misterio en que estriba enteramente el cristianismo, y de este, considerado tal como le enseña la Iglesia cristiana con sus consecuencias y dependencias, me he propuesto hablaros en este dia, deseando haceros conocer toda la hermosura y excelencia de una religion fundada sobre tal cimiento. Colocados en el centro de una ciudad, seno de las

ciencias, de las letras y de las artes, olvidemos por un instante, como en otro tiempo el Apóstol en Corinto, olvidemos como cosas del tiempo y de los hombres sus soberbios palacios, sus jardines deliciosos, sus sabias academias, su inmensa poblacion, y las obras maestras que la hermosean. Elevemos mas nuestros pensamientos, procuremos formarnos ideas justas y nobles de la religion que profesamos, y descubrir alguna parte de los tesoros de luz y de sabiduría que el Apóstol veia en Jesucristo. Probemos que léjos de avergonzarse el cristiano de las humillaciones y muerte del divino fundador de su religion, debe gloriarse de ellas, y que las mismas sombras que á primera vista parecen oscurecer y degradar el cristianismo, le engrandecen y hacen brillar de un modo asombroso. Nuestro designio es presentar bajo de su verdadero punto de vista el misterio de la Encarnacion; es decir, la doctrina de un Dios hecho hombre por nosotros, y vindicarle de los ataques de sus enemigos. Para ello procuraremos manifestaros en primer lugar toda la grandeza y hermosura que encierra en sí este misterio; y en segundo, haceros ver cuán infundados son los argumentos con que le combate la incredulidad. Tal es el plan de este discurso so-

bre la excelencia del misterio de la Encarnacion.

Es una verdad al alcance de todos, inspirada por la recta razon, y sobre todo admirablemente demostrada en el cristianismo, que Dios no podia criar cosa alguna que no fuese para su gloria, y que es el fin único de todas las cosas, por la misma razon de que es su único principio. Si: cuando en los consejos de su sabiduria decretaba comunicar el ser del que es origen y plenitud, no podia tener otro designio que el de grabar en sus criaturas la imágen de sus perfecciones, manifestarse y ser conocido, adorado y glorificado. Escrito está: *Yo soy el principio y el fin* (1). Y el Sabio ha dicho hace ya tres mil años, „Que el Señor ha hecho para sí todo lo que ha hecho:” *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (2); y esto no porque no halle en sí mismo la felicidad, ni porque necesite para ser dichoso ser conocido y honrado por sus criaturas; sino porque se debe á sí mismo el no despojarse del soberano imperio que tiene sobre ellas, y exigirles un tributo de dependencia y de amor. El ser criado que única

(1) Apoc. II, 8.

(2) Prov. XVI, 4.

y exclusivamente se contempla á sí mismo, y se constituye término de sus afectos; es no solamente un egoista á los ojos de la razon, sino tambien á los de la religion, un usurpador sacrilego de los derechos de la Divinidad; por esto se dice en los libros santos, que Dios es un *Dios celoso que á nadie cede su gloria* (3); y por esto en esa oracion tan sencilla y tan sublime que Jesucristo enseñó á sus discípulos, la primera peticion es que el santo nombre de Dios sea honrado, que su imperio sea reconocido en todas partes, y cumplida su suprema voluntad así en la tierra como en los cielos.

¿Pero qué medios debía emplear el Criador para ser glorificado y conseguir de este modo el único objeto de la creacion? ¿qué plan debería seguir en la formacion del mundo, tanto inteligente como material? No nos corresponde ciertamente á nosotros trazar los caminos que debió seguir; y nuestras ideas sobre este punto serian muy vagas é inciertas, si la revelacion no hubiese corrido para nosotros una parte del velo que nos oculta el abismo de los secretos divinos: tomando por tanto las cosas segun nos las enseña el cristianismo, sabemos por una par-

(3) Deuteron. VI, 15. Isai. XLVIII, 2.

te que Dios ha debido buscar su gloria en la creacion del universo, y vemos por otra que por la Encarnacion se ha realizado este designio del modo mas portentoso y mas digno de la infinita magestad; ¿y por qué? porque los homenajes de las criaturas toman así un carácter de grandeza del todo divina; el mundo entero adorando á Dios por el hombre, el hombre adorando por Jesucristo, y Jesucristo siendo Dios y hombre á un mismo tiempo, resulta que Dios es conocido y glorificado como Dios. Este es, señores, un encadenamiento de verdades y de racionios que pide toda vuestra atencion.

Nuestros libros santos nos enseñan que sacando Dios del reposo eterno, dió el sér á lo que no le tenia, y sacó de la nada este universo con todas sus maravillas: ya las estrellas resplandecen como diamantes en la bóveda celeste; llena ya el sol los espacios con su luz; ya la luna, reina de los astros, preside la noche; los mares se encierran en las prisiones de los abismos; la tierra fecunda se cubre de flores y de frutos; una multitud de seres diversos pueblan las aguas, la tierra y el aire: todo obedece á las leyes del Soberano Criador, y nada hay que no esté maravillosamente adaptado á sus designios. Así el escritor sagrado nos le representa com-

placiéndose en el mundo visible que acaba de producir, y viendo que cada cosa ocupa su lugar, que cada pincelada de este hermoso cuadro tiene su gracia y su belleza, y que su conjunto debe servir á las miras de su sabiduría, durante toda la serie de los tiempos. *Vidit Deus quod esset bonum* (1).

¿Pero qué vale este universo material, ni qué gloria resulta de él á Dios, si no existen seres inteligentes que puedan conocerle y adorarle? Las criaturas insensibles, el sol, la luna, la tierra y los mares no se conocen á sí mismas, ni conocen á Dios; carecen del sentimiento de su propia existencia, y del de la de su autor, y son por lo mismo incapaces de referir á Dios por medio del reconocimiento todo cuanto han recibido de su mano omnipotente. Es cierto que Dios no es como aquellos artífices que, poco seguros de su habilidad, se complacen en ensayarla en las producciones de su industria: no, no necesitaba hacer la prueba de su poder en la formacion de este mundo, y por consiguiente hubiera sido indigno de él crearle sin otro fin ulterior. No tememos decirlo: la creacion de la naturaleza material, sin la creacion de la natu-

(1) Genes. I, 25.

raleza inteligente, nada presentaria digno de la suprema magestad. Si solo existiese la materia, todo estaria muerto en la naturaleza, y este mundo fisico seria una inmensa soledad, un palacio sin señor, un imperio sin rey, y un templo sin sacerdote. ¿Y qué hace en este caso el Criador? Despues de haber formado el universo material con todas sus bellezas y maravillas, la Escritura nos le representa meditando en sí mismo alguna cosa mejor que cuanto habia hecho hasta entónces. *Hagamos*, dice, *al hombre á nuestra imágen* (1). Con este objeto modela su mano poderosa un poco de barro, le anima con un sople de su divinidad, y he aquí al hombre que participa de Dios en cuanto á su espíritu; y de la tierra en cuanto á su cuerpo; que lleva en su alma señales de las perfecciones divinas, que se verán brillar hasta en su frente; que es capaz como su autor de inteligencia y de amor, y que siendo un ser libre tributará por lo mismo á la Divinidad homenages mas gloriosos para ella, y mas meritorios para él. El mismo Dios es quien comunicándole alguna parte de su soberanía, le constituye rey de la tierra, y somete á él todos los seres que crecen, viven y res-

[1] Genes. I, 26.

piran sobre su superficie. Desde este punto empieza ya la creacion á tener un objeto digno del Soberano autor de todas las cosas. Las criaturas insensibles existen para el hombre, y el hombre existe para Dios. Los seres materiales no conocen á Dios, pero le dan á conocer, le manifiestan, hacen en cierto modo visibles sus perfecciones, y su esplendor; y su belleza y armonía excitan al hombre á alabar y glorificar á su autor. ¿No son en efecto el sol y los astros esparcidos en el firmamento otros tantos espejos que de todas partes reflejan á nuestra vista los rayos de la Divinidad? Cuando el Profeta convida á todas las criaturas inanimadas, la tierra y los mares, los vientos y las tempestades á bendecir para siempre al Criador, no es esto solamente un piadoso entusiasmo; es tambien un modo de reconocer que por la grandeza y el concierto de sus movimientos, y por el maravilloso espectáculo que nos presentan, nos invitan ellas mismas á pagar en su nombre á nuestro Señor comun el tributo de sus homenages, juntamente con los nuestros; y aun podiamos añadir que no es el hombre en esta parte un simple espectador, ó un testigo arrebatado de admiracion, sino que todo se refiere á él en la creacion. No sabemos, es cierto,

lo que sucede en los planetas, ni que Dios haya colocado en ellos seres capaces de conocerle; pero sabemos que el hombre disfruta de todas las obras de la mano divina. Si: el aire, la luz, los astros, todo sirve para sus usos, para sus necesidades y sus placeres; y sin pretender que el mundo haya sido hecho exclusivamente para solo el hombre, es sin embargo indudable que puede considerarse como un punto céntrico en una esfera inmensa. Así podemos decir que las criaturas materiales bendicen y adoran á su Criador, no por sí mismas, sino por la mediación del hombre que las conoce, y que se eleva por ellas hasta su autor; y que como pontífice y sacerdote de la naturaleza, ofrece el homenaje de toda ella á la Divinidad.

Es cierto que estos homenajes de las criaturas inanimadas por medio del hombre, y los del hombre por sus adoraciones personales, podrian por sí ser gratos á la Divinidad, y que principalmente cuando nuestros primeros padres en toda la integridad aun de su naturaleza original, enriquecidos de los dones mas preciosos, y con un corazon penetrado de reconocimiento y de amor, se volvieron hácia el Dios que les habia dado la vida y bienes tan perfectos, no pudo ménos de ser grata la expresion de sus senti-

mientos á aquel que se los inspiraba. Pero en fin, por mas virtuoso y santo que se suponga al hombre, siempre es limitado, y siempre sus homenajes proceden de una naturaleza demasiado débil, para no quedar á una distancia infinita de la infinita grandeza. ¿Y quién podrá llenar este inmenso intervalo? ¿Cómo adquirirá el hombre lo que le falta para ofrecer á Dios un tributo que guarde alguna proporcion con su magestad? Es bien claro que los homenajes tributados al poder ó al mérito son tanto mas gloriosos, quanto mayor es la dignidad y grandeza de la persona que los ofrece. Así es que por mucho que honren á un poderoso monarca los homenajes de sus súbditos, le honrarian mucho mas los de otros reyes colocados al pié de su trono; ¿pero cómo podrá el hombre aproximarse á la infinita magestad de su Dios? Aquí es, señores, donde vais á ver lo mas bello y mas profundo de la Encarnacion del Verbo. Yo no pretendo ahora suponerla necesaria: tampoco que Dios haya debido elegir el orden de cosas en que debia acontecer, ó que no tuviese otro medio mas que este para criar el mas perfecto de los mundos, y que estuviese obligado á criarle. Dejo esta doctrina de Leibnitz ó de Malebranche por lo que valga; acaso es mas fácil ri-

diculizar que refutar el optimismo de estos dos grandes filósofos, pero se puede muy bien no ver en él mas que un sueño sublime; y aunque hayan sabido apoyarle en razones muy especiosas, estoy muy léjos de mirarle como una realidad. Desprendidos pues de todo espíritu de sistema, y limitándonos á lo que enseña el cristianismo, veamos lo que sucedió. Unese el Hijo eterno de Dios á la naturaleza humana, y en esta naturaleza se abate y humilla ante el Altísimo; al mismo tiempo forma un pueblo de adoradores que asocia á sí, y á quienes llena y penetra de su espíritu; se hace gefe de un cuerpo místico, cuyos miembros somos nosotros los cristianos y ved en esto desplegado con una basta magnificencia el plan de la creacion. Los seres materiales adoran por medio del hombre; el hombre adora por Jesucristo, y Jesucristo hombre Dios adora por sí mismo de un modo digno de Dios: de esta suerte forma el universo por la Encarnacion del Verbo divino un magnifico concierto de alabanzas infinitas como la infinita magestad á quien se dirigen.

No es esta una teología nueva, sino una consecuencia del misterio de la Encarnacion bien entendido, y cuyos elementos creo hallar en S. Pablo, que tanto habia penetrado en las pro-

fundidades de este misterio. Habíanse suscitado algunas contiendas en la iglesia de Corinto, fundada por este Apóstol, y parecian estar los fieles divididos entre los que mas particularmente los habian instruido, siguiendo unos á Céfás y otros á Apolo. Para calmar sus vanas disputas les recuerda el Apóstol que los hombres son nada, que deben sobreponerse á todas las consideraciones humanas, y pensar que su gloria y su único deseo deben ser el pertenecer á Jesucristo en quien todo les pertenece; y les dice con este motivo estas notables palabras: „Sí, todas las cosas son vuestras, el mundo, la vida, la muerte, lo futuro, todo es vuestro; pero vosotros sois de Jesucristo, y Jesucristo es „de Dios.“ *Omnia vestra sunt: vos autem Christi: Christus autem Dei* (1).

Aclaremos este pensamiento del Apóstol, tan digno de nuestras reflexiones. La religion nos enseña que habiendo prevaricado nuestros primeros padres, no por eso los abandonó Dios despues de su caída; sino que al mismo tiempo que los castigó por su rebelion, les prometió igualmente que á su posteridad un Redentor. Confiada esta promesa á las primeras familias

[1] I. Cor. III, 22, 23.



del género humano, se perpetuó por una serie de generaciones que la conservaron fielmente, hasta que un pueblo particular, el pueblo hebreo, fué su depositario especial. Este libertador debia ser Jesucristo, Dios y hombre juntamente, que expiaría con su muerte los crímenes de la tierra, y cuyos méritos abrazando todas las edades, santificarían á todos los justos desde el origen hasta el fin de los tiempos. Tal es la fe cristiana acerca de las promesas y consecuencias de la Encarnacion: ved ahora la gloria que de ella resulta á Dios.

Si los sacrificios de Abel, de Noe, de Abraham, y de Melquisedec, las ceremonias misteriosas de la antigua ley, la fe de los patriarcas, el celo de los profetas, y las virtudes de todos los justos que aparecieron ántes del Evangelio, no hubieran tenido relacion alguna con el sacrificio futuro de Jesucristo, no hubieran sido mas que de un mérito débil y limitado; pero por su union con los méritos del libertador esperado adquirirían un valor inmenso, y guardaban cierta proporcion con la magestad divina: de este modo, aun ántes de la venida de Jesucristo alababan á Dios las criaturas insensibles por medio de los justos de la tierra; los justos por Jesucristo, y Jesucristo por sí mismo de

una manera digna de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi, Christus autem Dei.* Con arreglo á esta misma idea, ¿qué gloria no debia resultar á Dios del celo de los apóstoles, de los combates de los confesores, del valor de los mártires, de las oraciones de las almas piadosas, de la resignacion de los cristianos desgraciados, de las liberalidades inagotables de la caridad, y de todas las virtudes tiernas y sublimes que inspira la religion? Porque esta gloria aunque tributada por una débil criatura, se hace como infinita por la union del cristiano con el hombre Dios. Todo es del alma fiel, esta es de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi, Christus autem Dei.* Además, la religion aunque bajo de diferentes formas es tan antigua como el mundo, y se ha perpetuado con él para durar aun despues de él. Es un gérmen que se manifiesta en el tiempo de los patriarcas, que crece en el de la ley de Moises; se desarrolla en el de la ley del Evangelio, y llega en los cielos á su plena y perfecta madurez. Todo allí se consuma, los elegidos son uno con Jesucristo, y Jesucristo en cuanto á la esencia es una cosa con el Padre celestial, y la gloria de la cabeza se difunde en todos los miembros. Por él los bienaventu-

rados alaban y glorifican para siempre las grandezas y misericordias de Dios que los corona y sus adoraciones identificadas con las de Jesucristo hombre Dios son infinitas como el Dios objeto de ellas. Así por una consecuencia del misterio de la Encarnacion, Dios ha recibido desde el principio, y recibirá aun mas allá de los tiempos homenajes infinitos como él. En vista de esto, ¿qué religion mas digna de Dios, y que le sea mas gloriosa que una religion fundada como la nuestra en el misterio del hombre Dios? Aun cuando esto no fuese mas que un sistema, seria sin embargo el concepto mas sublime del entendimiento humano; pero todo esto es demasiado superior á los pensamientos del hombre, para que pueda ser invencion suya. No me admiro de que la culpa de nuestros primeros padres haya dado lugar á la Encarnacion del Verbo; ni tampoco de que debiendo esta proporcionar á Dios tanta gloria, se consuele la Iglesia, al mismo tiempo que llora la caida original, con el espectáculo de los bienes inefables que la providencia ha sabido sacar de ella, y que no tema exclamar: „¡O feliz culpa que ha merecido tener tal Redentor.“  
*O felix culpa, quæ talem meruit habere redemptorem!*

Ciertamente, señores, y terminaré con esta observacion la primera parte de este discurso, debe sernos la doctrina que acabo de exponer tanto mas apreciable cuanto es mas gloriosa y mas consoladora para nosotros. Comparadla con la de los materialistas de nuestros dias, y decidid. Los ateos han celebrado con énfasis la dignidad de la especie humana: querian segun su language ensalzar la magestad del hombre abatida bajo del yugo de la supersticion; y sin embargo, sus sistemas no hacen mas que corromperle y envilecerle. ¿Qué nos enseñan en efecto acerca del origen y destino del hombre? Le hacen nacer yo no sé como, y ántes de llegar al ser humano le hacen pasar por ridículas transformaciones, de mineral á vegetal, y de vegetal á animal: no ven en él mas que un poco de lodo organizado, y le hacen morir todo entero como un insecto: esto es lo que se ha llamado por mucho tiempo, y lo que aun se llama algunas veces filosofía. Para hacernos virtuosos nos desembaraza primero el ateo de la creencia en la Divinidad, entregándonos de este modo á todos los vicios casi sin defensa; y para consolarnos de los males de la vida, nos habla de la inflexible necesidad que nos subyuga. Orgullo y licencia en lugar de dignidad y

de libertad, pasiones en lugar de virtudes, y palabras bárbaras ó un espantoso suicidio en lugar de consuelos: estos son los dones que el ateo hace á la humanidad; y si una feliz inconsecuencia no le hiciera ménos malo que sus sistemas, podria decirse: Ved ahí el hombre del ateismo. Al contrario, hecho á la imagen de Dios su Criador, animado de un espíritu inmortal, colocado en una clase particular, y Rey de la naturaleza por su inteligencia; sostenido en sus males por la esperanza, ennoblecido, perfeccionado, y como divinizado por la union del Verbo á la naturaleza humana; hecho participe de los méritos y santidad de Jesucristo, y destinado á reinar con él en la eternidad: tal es el hombre de la religion. Decidid ahora de qué parte está la grandeza y de qué parte el abatimiento.

Ya, señores, os hemos hablado bastante de cuanto tiene de mas grande y hermoso el misterio de la Encarnacion. Réstanos ver en qué se fundan los argumentos de los incrédulos contra este misterio.

Si los ois, os presentarán el misterio de la Encarnacion como un compuesto extravagante de contradicciones, de crueldad, de injusticia y de bajeza, é indigno de la bondad y grandeza de Dios. ¡Un Dios, os dirán, inmortal, impassible e

inmenso, encerrarse en un cuerpo mortal, nacer, padecer y morir! ¿No es esto un absurdo? ¿No es una injusticia que un Dios condene á muerte á Jesucristo, que era la misma inocencia, en lugar de condenar á los hombres que eran los verdaderos culpables? ¿Qué cosa, por último, mas escandalosa é indigna de la Suprema Magestad que un Dios confundido entre las humillaciones y el oprobio? Nada de esto os asuste, señores: estos vanos argumentos no se fundan sino en falsas nociones, y los veréis desvanecidos si quereis uniros un momento á nosotros para formaros ideas justas; en primer lugar, del fondo mismo del misterio, tal como le enseña la religion; en segundo, de la verdadera grandeza, tal como nos la presenta la recta razon; y en tercero, de los efectos maravillosos y divinos que han resultado de estas mismas humillaciones de que el incrédulo procura prevalerse contra Jesucristo.

Conviene ante todas cosas considerar el misterio de la Encarnacion tal como la religion le propone, y no como podrian figurársele las preocupaciones y la irreflexion. La religion nos enseña que al unirse á nuestra naturaleza el Verbo Divino nada perdio de su grandeza, ni contrajo nada de nuestra debilidad; y que en